

LA ÉTICA: ANCLA Y GUÍA DEL BUEN PERIODISMO

Allen Panchana Macay

Hay profesiones que permiten una relación directa y permanente con los seres humanos. Con sus sueños, emociones, problemas y frustraciones. Como el psicólogo con sus pacientes, el médico con los enfermos a los que atiende para salvar vidas, y, especialmente, como el periodista con su público, con los miles o millones que leen, escuchan o ven sus notas en las plataformas más disímiles e interactivas. La diferencia es que el periodismo no puede recurrir a fórmulas químicas aprendidas para, por ejemplo, recetar medicinas. Ser periodista es un oficio —sí, oficio y no solamente una profesión— en el cual los valores del individuo, más que sus conocimientos o experticia, marcarán su carrera. De allí que la ética se convierte —o debe convertirse— en el puntal de los comunicadores para ser socialmente responsables, comprometerse con la verdad, la defensa de los derechos fundamentales y la búsqueda del desarrollo de las democracias.

La ética, sin embargo, no es un derecho ni una ley. Es inherente e intrínseco a la persona: sus valores y concepciones sobre qué es bueno o qué no. Es decir, los criterios que se tienen para la toma de decisiones y elecciones (Mendeleovich 2005). Por tanto, a diferencia de otras ciencias, la ética no consta en un manual. Al respecto, Kapuściński (2002) consideraba que los

periodistas deben tener cualidades humanistas especiales para ejercer su trabajo:

La relación con los seres humanos es el elemento imprescindible de nuestro trabajo. En nuestra profesión es indispensable tener nociones de psicología, hay que saber cómo dirigirse a los demás, cómo tratar con ellos y comprenderlos. Para ejercer el periodismo, ante todo, hay que ser un buen hombre, o una buena mujer: buenos seres humanos. Las malas personas no pueden ser buenos periodistas. Si se es una buena persona se puede intentar comprender a los demás, sus intenciones, su fe, sus intereses, sus dificultades, sus tragedias. Y convertirse, inmediatamente, desde el primer momento, en parte de su destino. (38)

En la misma línea opinan Herrán y Restrepo (2005, 54). Para ellos, frente a la tecnología o el autoritarismo de los gobiernos, hay un reto inicial para los comunicadores: distinguir qué es ética y qué es ley.

La ley nos la imponen desde fuera, mientras que la ética se la impone uno mismo desde dentro, debe ser producto del convencimiento de cada persona. La ética la tomas o la dejas; en el primer caso cambia completamente tu vida, pero si la dejas de lado, llevas una vida vulgar, sin ideales ni superación personal. También está el reto de la identidad profesional; muchos no tienen claro por qué son periodistas, lo que es muy preocupante; es desalentador pensar que se ejerce la profesión para cobrar a fin de mes. El tercer reto es hacer un periodismo humano y humanizante.

Ser periodista significa servir. Es un oficio con el que vivimos las vidas de otros y trabajamos —o debemos trabajar— por una mejor sociedad.

En este sentido, el único modo correcto de hacer nuestro trabajo es desaparecer, olvidarnos de nuestra existencia. Existimos solamente como individuos que existen para los

demás, que comparten con ellos sus problemas e intentan resolverlos, o al menos describirlos. El verdadero periodismo es intencional, a saber: aquel que se fija un objetivo y que intenta provocar algún tipo de cambio. Hay otra cualidad importante para nuestra profesión: no considerarla como un medio para hacerse rico. Para eso ya hay otras profesiones que permiten ganar mucho más y más rápidamente. (Kapuściński 2006, 38)

Por ello, sorprende que cada vez más el oficio sea visto como un modelo de negocio, de sensacionalismo, y que se relegan los valores, irrespetando al público y a la propia dignidad humana. ¿Cuál es el fin que tienen? Vender más periódicos (u obtener más vistas) y, por ende, conseguir más dinero (Herrán y Restrepo 2005). Un ejemplo ocurrió en Nueva York el 4 de diciembre de 2012. Cuando esperaba el metro en una estación cercana a Times Square, Ki Suk Han, de 58 años, fue empujado a las vías por un individuo con el que, minutos antes, había discutido. Ki Suk Han intentó subirse al andén, desesperadamente, pero llegó el metro, lo atropelló y posteriormente murió. Nadie lo ayudó, pese a sus gritos. El hecho ha provocado un intenso debate y también indignación, porque los últimos minutos de vida de aquel hombre quedaron registrados por una serie de fotografías hechas por Umar Abbasi, las cuales fueron publicadas al día siguiente —una de ellas en la portada— por el tabloide sensacionalista *New York Post*.

El fotógrafo, en una entrevista con la cadena NBC, dijo que hubiera sido imposible ayudar a salvar la vida de Ki Suk Han porque estaba demasiado lejos y que usó el *flash* de su cámara para advertir al conductor del tren (AFP 2012). Sin embargo, no solo es cuestionable la actitud del autor de las fotos; también lo es la del medio que las ha publicado. En un decálogo ético del periodista, en el punto 7, Mendelevich (2005) establece que hay